

Fragmentos de un cuaderno en el sur



Fotografía: Casa de América, bajo una licencia Creative Commons 2.0: bit.ly/2locKCT

Rafael Toriz

Sábado

Luego de una década bajo este cielo, me pregunto con ahínco si valdrá la pena insistir con Buenos Aires; con la vida, la escritura y los cada vez más escasos devaneos de este cuaderno.

Nunca es fácil levantar el campamento, sobre todo si el mundo entero —empezando por el hogar— semeja una variante de Mordor orgiástica y narcosangrienta: desde que alcanzo a recordar, el país llamado México se encuentra en el peor de sus momentos.

Por una mujer abandoné mi patria y por otra encontré, en Buenos Aires, un cálido refugio (por una más, ojalá definitiva, es que ahora permanezco).

Heridas de amor mal cicatrizadas: alma, a quien todo un Dios prisión ha sido; recuerdos que se pierden en el viento; venas, que humor a tanto fuego han dado; polvo, pero con sentido... otras maneras de mentar al corazón enamorado.

Domingo

Aunque poco me gustó el primer tomo de los diarios de Ricardo Piglia —luego de unas páginas lo abandoné y lo regalé— leo el segundo titulado *Los años felices* y desde el arranque me percaté de que acá hay sustancia verdadera. No sólo la paleta de su prosa muestra registros más osados, interesantes y logrados; también encuentro una sintonía parecida a la que por ahora atraviesa mi existencia: muy viejo para seguir viviendo del crédito de cualquier tipo de promesa y muy joven, acaso, para encontrar una satisfacción duradera en lo realizado hasta el momento.

Entre las múltiples ideas que contiene el diario me queda zumbando su recomendación de dedicar una hora diaria a la escritura en los cuadernos; idea que me seduciría de no tener la certeza de que por ese camino devendré justo lo que detesto: un escritor de literatura.

Lunes

Es imposible no leer los diarios de Piglia y comprenderlos como una suerte de reflejo diferido, de geografía superpuesta sobre el tiempo: los nombres de las calles que camino —Callao, Corrientes, Las Heras—;

los nombres de autores que venero —Piñera, Gombrowicz, Puig—; algunos restaurantes, los ecos, trayectos... Piglia tuvo clara una certeza: caminar una ciudad es comprenderla como texto y escenario, por más que acá se viva cierta sensación de irrealidad y estancamiento.

Martes

No hacen falta más escritores de libros, sino lectores capaces de incendiar este tugurio.

Miércoles

Las formas de narrar son limitadas; por ello, la escritura es un arte plebeyo. Preciso es ensayar otros caminos. Y mantener la escritura apenas como crítica.

Jueves

Ha muerto el titán Alberto Laiseca, hombre fuera de serie y autor de extrañísimas novelas, de *Los Sorias* y de numerosos cuentos paródicos y horripilantes maquinados por la sensibilidad de un niño abandonado en la boca de la noche.

Fui a su velorio en la Biblioteca Nacional y me sorprendió, aunque poco, que no hubiera un sólo arreglo floral —bien sabido es que la Argentina desprecia con talento a sus artistas— aunque sí dos botellas vacías cerca del féretro: whisky y cognac.

Sobre el ataúd había una cajetilla abierta de Imperiales, lo que me recordó sus palabras en alguna entrevista: “tengo noticias del otro mundo: allá no hay cigarrillos ni cerveza: es una cagada. Más vale hacerlo acá, eso de tomar y fumar. Allá no hay ningún kiosko abierto”. Escuché decir que habían encontrado en bolsas negras de basura los manuscritos de varios de sus libros; imposible no pensar la circunstancia como un símbolo elocuente de una tradición singularísima: la precariedad del hombre de letras en América Latina.

Me despedí de Laiseca tocando su ataúd con la mano derecha murmurando para mis adentros “dame tu fuerza, Pegaso”.

Viernes

Comparándolos con los de Gombrowicz, si bien fornidos, los diarios de Piglia distan varias cuadras de la genialidad del polaco, aunque en sus páginas descuella la pasión por la crítica y la preocupación constante por las formas de la trama, así como la presencia recurrente de la falta de dinero. En las páginas del argentino late desaforada la visión del ensayista, así como el tesón del lector ávido y transversal que compara con audacia: se adivina desde entonces la vocación del profesor.

Por el lado de la promiscuidad, aunque discreto, Piglia sabe combatir la soledad con el carrusel sexual que entonces como ahora aliviana a *la triste chair de l'écrivain*.

De nueva cuenta es verano en Buenos Aires, lo que vuelve la ciudad un escenario digno de la dimensión desconocida.

Lunes

He quedado de encontrarme con Edgardo Cozarinsky el viernes en Los Galgos, uno de los bares míticos de la ciudad, ahora remozado, en la esquina de Lavalle con Callao. Me ha traído de París un ejemplar del *Butafumeiro* de Archibaldo Burns que compró a un *bouquiniste*. Burns, amante de Elena Garro, fue autor de algunos libros extravagantes y, por lo que se lee, poco afecto a Bioy Casares: “en un tiempo, estuve a punto de acomplejarme, porque el verdadero amor de Elena fue Bioy Casares; se escribieron durante treinta años. Lo conocí en Nueva York, aun cuando no fue mi intención conocerlo. Era bajo de estatura, argentino, común y corriente, pero la capacidad de idealizar de Elena era fantástica”.

Viernes

Hoy, en día de Reyes, ha muerto Ricardo Piglia. Apenas anoche terminé el segundo tomo de sus diarios. Sentí de nueva cuenta un hueco en el pecho.

Cozarinsky me remitió algunas anécdotas con el occiso que habría sido valioso conservar; por desgracia, me encontraba aturdido.

Llegó a nuestra mesa el cineasta Daniel Rosenfeld; enfilé con él hacia el velatorio de Piglia, donde difícilmente llegaríamos a veinte y nadie parecía ocupado en aprovisionar café o galletas.

No es la primera vez que me sorprende de los usos funerarios de los argentinos, que revelan un pavor cervical ante la muerte. El ataúd estaba en un cuarto contiguo

a cajón cerrado, casi abandonado a su suerte. Afuera la gente charlaba, como siempre en estos casos, ignorando al muerto. La Argentina ha sido incapaz de construir una cultura propia digna de tal nombre, entre otras causas, debido a su incapacidad de articular y habilitar el rito (de acuerdo con algunos antropólogos, un pueblo incapaz de implementar una comunicación con los muertos es un pueblo despojado del diálogo íntimo con su alma).

Todo en estas costas nace desprovisto del más mínimo sentido de trascendencia, nada de veras germina ni fructifica: la tradición argentina, como no sean estos mendrugos, no existe en lo absoluto. Por eso la devoción con que se aferran a la literatura: por eso su asombrosa necesidad de la palabra.

Puesto que soy extranjero, preciso puntualizar. Es claro que la muerte de una figura del calibre de Piglia en México habría convocado una reunión de gabinete con mariachi incluido. En México, el PRI-Gobierno ha envilecido tanto la vida pública que la muerte de las glorias nacionales deviene pasarela de un protocolo iletrado, pomposo y canalla que falta doblemente el respeto a la memoria del difunto, una por su existencia y otra por la desparpajada afirmación de su vileza. Acá, al menos, se encontraban presentes colegas que de veras estimaban al difunto: Leila Guerriero, Germán Maggiori, María Moreno, Marcelo Cohen, Eduardo Stupía, Jorge Consiglio.

Comparando las formas de la muerte, recordé las palabras de Piglia en una entrevista en Princeton a diez días de la muerte de Octavio Paz que me impactaron: “[La suya] podría entenderse como la muerte del último que intentó conservar una función que la sociedad había perdido y la conservó a cambio de perderlo todo, a cambio de excluir la literatura para conservar la figura pública del escritor como ideólogo; Paz era en ese sentido una figura anacrónica, obviamente, una especie de Lugones fuera de estación; todos hacían de cuenta que lo oían porque era un poeta, pero en realidad es obvio que Paz no fue otra cosa que un periodista, sobre todo eso, un gran periodista, un excelente divulgador de teorías y de hipótesis que entendía mal y transmitía bien. Y fue el primer intelectual de nuevo tipo, digamos, el primero que se dedicó sistemáticamente no a crear focos de discusión alternativos y contrapúblicos, sino a reproducir, a legitimar y a ‘modernizar’ los temas y las cuestiones que quería imponer el Estado y que preocupaban a la cultura dominante”.

Ignoro cómo podría entenderse la muerte de Piglia. ■■